

ARTUR CATALÀ

ICONO, ATMÓSFERA Y SUPERFICIE
COMO TENSIÓN SOSTENIDA



UN ENSAYO CURATORIAL DE ANTONIO SÁNCHEZ CASTRO
Director de 1819 Art Gallery

ARTUR CATALÀ: ICONO, ATMÓSFERA Y SUPERFICIE COMO TENSION SOSTENIDA

Curador: Antonio Sánchez Castro



ÍNDICE

Tesis del conjunto: la imagen reconocible como centro de gravedad

Composición y jerarquía: frontalidad, anclaje y expansión

Régimen cromático: saturación dirigida y temperatura en tensión

Luz y volumen: figuración como presencia material

Arquitectura de la superficie: estratos, ritmos y umbrales de nitidez

Genealogías pertinentes: gesto, campo cromático y figura en la era de la atención

Problemas visuales de época: legibilidad, ruido y persistencia de lo figurativo

Epílogo

Manifiesto del artista

Contacto

Tesis del conjunto: la imagen reconocible como centro de gravedad

El conjunto de Artur Català se afirma desde una figuración contundente, entendida como presencia icónica y no como relato. La serie instala en el centro del campo una forma reconocible, compacta y frontal, cuya legibilidad organiza la experiencia desde el primer golpe de vista. Esa figuración no se presenta como ilustración ni como escena, sino como un volumen visual capaz de sostenerse ante un entorno pictórico en ebullición. La relación entre ambos ámbitos establece el rasgo decisivo del conjunto: la imagen figurativa se consolida mientras el espacio circundante se comporta como un sistema de fuerzas que la atraviesan, la rozan y la reconfiguran. En lugar de optar por la pura estabilidad del icono o por la disolución en gesto, Català hace convivir ambas condiciones y las convierte en estructura.

La figuración aparece construida a partir de un modelado que concentra densidad, gradación tonal y control de contorno. El entorno se articula mediante grandes trayectorias cromáticas y registros de dispersión que introducen velocidad y vibración. Esa convivencia produce una lectura doble: por un lado, una figura que mantiene su coherencia; por otro, un campo que se expande, salpica, se condensa y vuelve a abrirse. La serie opera así como una negociación visible entre lo estable y lo turbulento. La apuesta es clara: sostener una imagen reconocible en un régimen contemporáneo de saturación visual, donde la mirada es atraída por el impacto pero se queda por la complejidad material y por la precisión con que se distribuye la energía en toda la superficie.

Composición y jerarquía: frontalidad, anclaje y expansión

La organización compositiva del conjunto se construye sobre un anclaje central que fija la escala y ordena la circulación de la mirada. La frontalidad domina, pero no conduce a rigidez. Al contrario, la serie emplea esa frontalidad como palanca para intensificar el movimiento del entorno. La masa figurativa central se impone por su peso óptico, por su densidad de valores y por una nitidez que concentra información. A partir de ese núcleo, la imagen se abre en sucesivas zonas de presión y descarga: campos más livianos, transiciones amplias y zonas de impacto que dispersan el foco sin perderlo.

En la relación con los bordes se percibe una estrategia de expansión. Las direcciones dominantes no se quedan confinadas en el centro: atraviesan el plano y activan el límite del campo como una membrana. El borde deja de funcionar como marco pasivo y se convierte en lugar de continuidad; la composición sugiere que el flujo cromático y la energía del gesto prosiguen más allá del encuadre. Esta condición expansiva es fundamental para comprender la figuración de Català: el centro no clausura, sostiene. La figura permanece reconocible precisamente porque se inserta en un campo que la tensa, y esa tensión refuerza su autoridad visual.

El conjunto muestra también una administración eficaz de masas y vacíos relativos. Zonas de menor densidad actúan como respiraciones que permiten que las áreas de alta carga mantengan intensidad sin saturar la percepción. La serie funciona como un sistema de equilibrios: la concentración central no aplasta el resto, el entorno no disuelve el icono. La jerarquía se mantiene con claridad, pero la pintura evita cualquier sensación de estabilidad cerrada. La composición, en suma, convierte la figuración en un foco resistente y convierte el campo en un motor de movimiento.

Régimen cromático: saturación dirigida y temperatura en tensión

El color en este conjunto opera como energía organizada. La paleta se mueve entre dos polos: fondos de temperatura más fría, abiertos y modulados, y acentos de saturación alta que irrumpen como vectores. Los tonos fríos establecen una cámara de aire que amplifica el contraste y permite que las intensidades se lean como acontecimientos. Sobre ese soporte, Català introduce bandas y trayectorias de color cálido o eléctrico que generan presión, aceleración y dirección. El cromatismo no funciona como ornamento, sino como arquitectura del ritmo: intensifica ciertas zonas, guía la mirada, crea pausas y reanuda el movimiento.

La figuración central se beneficia de este régimen cromático: se distingue por su control tonal y por un modelado que integra variaciones de luz y sombra con coherencia. Al mismo tiempo, los acentos cromáticos del entorno actúan como tensores que ponen a prueba la estabilidad del centro. El color puede rozar la figura, atravesar su proximidad o situarse como campo de choque alrededor de ella. Esa relación genera una sensación de contemporaneidad inmediata: la imagen reconocible convive con un ambiente cromático que evoca velocidad, exceso y presión, sin perder precisión ni caer en una saturación indiscriminada.

El conjunto destaca también por el uso de enfriamientos estratégicos. Zonas de tono más apagado, grisáceo o mineral amortiguan el impacto, sostienen una respiración visual y permiten que la saturación no se convierta en un efecto único. Esta alternancia de intensidad y contención produce una temporalidad de lectura: primero aparece el golpe cromático, después emerge la complejidad de capas y transiciones. La pintura mantiene así una eficacia inmediata y una densidad sostenida, dos cualidades que se refuerzan mutuamente.

Luz y volumen: figuración como presencia material

La figuración en este conjunto se define por la manera en que la luz organiza el volumen. Català trabaja una iluminación que no se limita a describir, sino que construye presencia. La gradación tonal, la distribución del contraste y la nitidez selectiva producen una sensación de relieve que sitúa el centro como cuerpo visual consistente. Esta presencia no depende de la anécdota ni de la descripción puntual, sino de una economía de valores capaz de sostener la forma reconocible a distancia y de ofrecer matices en la proximidad.

La luz no es uniforme: se comporta como un régimen de intensidades que se desplazan por la superficie. Hay zonas donde el brillo aparece como capa activa y otras donde la pintura absorbe la luz, generando mates profundos. Esa alternancia contribuye a una lectura táctil, casi física, que refuerza el carácter figurativo del conjunto. La figura se entiende como una entidad con peso óptico, mientras el entorno se comporta como atmósfera en movimiento. La serie articula, por tanto, un diálogo entre presencia y ambiente: el volumen se afirma y el campo vibra.

Este planteamiento sitúa el conjunto en una línea histórica precisa. La figuración moderna que asume la autonomía del cuadro y, al mismo tiempo, mantiene una imagen reconocible encuentra aquí una actualización basada en el contraste entre icono y turbulencia. La referencia no se resuelve en cita, sino en consecuencia visual: la pintura reivindica el poder de la figura como forma de condensación, a la vez que incorpora un entorno de energía y ruido propio de la sensibilidad contemporánea.

Arquitectura de la superficie: estratos, ritmos y umbrales de nitidez

La superficie en el conjunto de Català se organiza como un territorio estratificado donde conviven densidades compactas y dispersiones atmosféricas. Se percibe una lógica de capas: zonas que actúan como base abierta y otras que se sitúan por delante, con mayor carga y presencia. Esta estratificación construye profundidad sin recurrir a una perspectiva tradicional; la distancia aparece por superposición, por variaciones de nitidez y por el modo en que el brillo y el mate se alternan. La pintura administra umbrales de legibilidad: áreas de alta definición conviven con transiciones suaves, granulación y pulverización cromática que dilatan el espacio.

El ritmo de la superficie se compone de continuidad e interrupción. Grandes trayectorias de color generan un movimiento sostenido, mientras registros de impacto introducen puntuaciones que cortan, aceleran o redistribuyen la energía. Estas puntuaciones no actúan como accidente decorativo, sino como estructura rítmica. La repetición de ciertas direcciones y la alternancia de tamaños de mancha construyen una cadencia que guía la mirada por todo el campo. El centro figurativo se beneficia de este sistema: su estabilidad se refuerza por contraste con la vibración del entorno, y el entorno gana sentido por su relación con el anclaje central.

La serie muestra también una relación activa con el borde. La energía de la superficie se aproxima al límite, lo cruza visualmente y lo convierte en continuidad. La sensación global es expansiva: la imagen se sostiene en el centro, pero la superficie sugiere un campo mayor que el encuadre recorta. En esta arquitectura, el detalle nunca se independiza del conjunto. La superficie trabaja como un organismo: cada densidad, cada transición, cada zona de brillo contribuye a una unidad dinámica.

Genealogías pertinentes: gesto, campo cromático y figura en la era de la atención

El conjunto se sitúa en un cruce histórico donde la figuración se mide con el gesto y con el campo cromático. La primera genealogía se relaciona con la acción pictórica del siglo XX, donde el impacto y la dispersión se convierten en escritura material. Aquí resuena la idea de un espacio pictórico activado por salpicaduras y ritmos de superficie, con un antecedente evidente en Jackson Pollock, no como modelo formal, sino como comprensión del cuadro como campo total de energía. Català integra esa energía en un marco donde la figura mantiene centralidad, y esa combinación produce una tensión específica: el campo actúa, la figura permanece.

La segunda referencia procede de la expansión cromática y de la pintura entendida como atmósfera, con ecos de Helen Frankenthaler en el modo de construir profundidad por capas de color y transiciones. En Català, esa atmósfera no sustituye a la forma reconocible; la rodea y la intensifica. El color crea espacio, pero no neutraliza la figuración. La tercera referencia se puede situar en un territorio donde la figura se transforma en icono contemporáneo, con una claridad frontal y una contundencia visual que recuerda la capacidad de condensación de Francis Bacon, entendida como presencia central sometida a un campo de presión pictórica. La consecuencia interpretativa es directa: la figuración se convierte en un punto de condensación afectado por fuerzas visibles, sin necesidad de convertir la pintura en relato.

Estas genealogías conectan con un eje contemporáneo claro: la era de la atención y la competencia entre imágenes. El conjunto asume el impacto como condición de lectura actual, pero lo traduce a términos pictóricos exigentes. La imagen reconocible captura, la superficie sostiene. El cuadro no se agota en un golpe visual; despliega una materialidad que prolonga la experiencia, regula el tiempo de lectura y convierte la mirada en un recorrido.

Problemas visuales de época: legibilidad, ruido y persistencia de lo figurativo

El conjunto activa una pregunta central: cómo se mantiene una imagen figurativa en un entorno de ruido visual sin renunciar a la complejidad material. Català formula este problema a través de decisiones visibles. La legibilidad del centro se sostiene por control tonal, por densidad y por una coherencia de volumen que permite reconocer la forma sin depender de detalles. El ruido del entorno se manifiesta como vibración cromática, granulación, impactos y direcciones múltiples. La serie convierte esa fricción en estructura. La figura no se aísla; convive con el campo. El campo no anula; tensiona.

Esta manera de plantear la figuración produce una lectura contemporánea sin necesidad de discursos externos. La pintura trabaja con los mismos mecanismos que organizan la percepción en la vida actual: foco, interrupción, exceso, deriva. La diferencia es que aquí esos mecanismos se convierten en decisiones plásticas controladas. La serie propone una persistencia de lo figurativo basada en su capacidad de condensación: la figura actúa como núcleo que ordena y permite la complejidad alrededor. En lugar de elegir entre imagen y materia, Català las hace inseparables. La figuración se reconoce, pero se reconoce en pintura, como superficie, como capa, como luz modulada, como contraste repartido.

El conjunto también plantea una noción de tiempo. Hay un tiempo rápido, asociado al impacto cromático y a la frontalidad del icono. Y hay un tiempo lento, asociado a la lectura de estratos, a las variaciones de brillo, a las transiciones que aparecen al acercarse. Esta temporalidad doble responde a una condición de época: la necesidad de captar atención y la necesidad de sostenerla. La serie convierte esa condición en forma, sin concesiones, desde la autoridad del oficio y desde una visión clara de la pintura como campo activo.

Epílogo

El conjunto de Artur Català afirma una figuración central de carácter icónico y la sitúa en un campo pictórico de fuerzas donde la energía se distribuye por direcciones cromáticas y por ritmos de impacto. La composición sostiene un anclaje frontal que ordena la lectura y, a la vez, abre el espacio hacia los bordes, convirtiendo el encuadre en continuidad. El régimen cromático alterna saturaciones incisivas con enfriamientos que regulan la intensidad y garantizan respiración, mientras la luz construye volumen y presencia mediante gradaciones y contrastes medidos. La arquitectura de la superficie organiza profundidad por estratos, variaciones de nitidez y alternancia de brillo y mate, haciendo convivir densidad compacta y dispersión atmosférica. En esa fricción entre imagen reconocible y vibración del campo, la serie formula un problema contemporáneo de legibilidad y persistencia: la figura se mantiene firme porque la pintura convierte la tensión en estructura.



Manifiesto del artista

Mi práctica artística se afirma en la representación de animales en peligro de extinción como presencias icónicas, frágiles y persistentes. No me interesa la narración literal, sino la construcción de una imagen que condense la tensión entre la existencia y el desvanecimiento. Las pinceladas, los salpicados y las zonas de disolución actúan como metáfora de un entorno que presiona la figura, situando al animal como símbolo de resistencia.

Esta necesidad visual nace de mi trayectoria como fotógrafo, donde trabajo con rigor la luz, la composición y la narrativa visual. Al igual que en la mirada de Sebastião Salgado, mi trabajo busca captar la dignidad y la belleza en medio de la decadencia del entorno. Traslado este rigor al lienzo mediante una jerarquía del detalle que dirige la mirada hacia la esencia de la figura: una forma icónica que se afirma mientras se fragmenta, rodeada de pinceladas amplias y salpicaduras enérgicas. Es aquí donde persigo el «instante decisivo» de Henri Cartier-Bresson: el momento exacto en el que la materia late entre la existencia y el olvido.

Mi mirada nace de un vínculo intenso con la naturaleza desde la infancia, truncado por el recuerdo de un gran incendio forestal que dejó en mí una huella imborrable de fragilidad. Este episodio, unido a vivencias personales que me exigen una paciencia y una delicadeza extremas, ha forjado mi capacidad de observación hacia todo aquello que lucha por permanecer.

En la obstinación silenciosa de vivir que me rodea, reconozco la misma dignidad y furia que encuentro en la mirada de los animales que pinto. Entiendo cada obra como una meditación sobre la vida y un espacio de exploración emocional que me convierte en un cronista de la resiliencia. Mi arte es un acto de fuerza que busca conectar al espectador con lo esencial, lo vulnerable y, a pesar de todo, lo persistente.

ARTUR ATALÀ

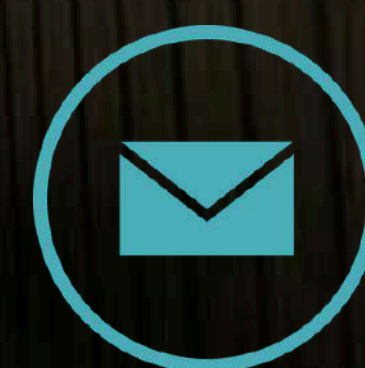
ARTUR CATALÀ

Artista Visual

Teléfono:
(+34) 650 281 954



Correo Electrónico:
info@arturcatala.com



Instagram:
@arturcatala



Página Web:
www.arturcatala.com

